

publicados en 1916 se distinguieron por el eclecticismo: enjuiciamiento de valores diversos por lo que tenían de perdurable, como el comentario dedicado a "La canción de las figuras" de José María Eguren.

Analiza Xammar *La ciudad de los tísicos*, novela donde Valdelomar concentró "la furia de vivir entremezclada con el pánico de la muerte"; la hermosa biografía *La Mariscala*, fruto de sus investigaciones en los archivos de Riva Agüero, deteniéndose por último en la colección de cuentos *El caballero Carmelo*. Para Luis Fabio Xammar, es en el cuento donde este artista alcanza su expresión más perdurable. Siguen todavía unos capítulos donde se estudia a Valdelomar como conferenciante, subrayando su don de llegar a grupos populares, y el estudio de su tragedia pastoril *Verdolaga*, considerada por su autor como su única obra, la concreción, según él, de la intensidad profunda de la naturaleza, el alma del campo, el *abstractum* del tiempo.

CONCHA MELÉNDEZ,
Universidad de Puerto Rico.

MIGUEL N. LIRA. *Vuelta a la tierra*. Suceso en 4 actos. El primero, dividido en dos cuadros.—México, Editorial Fábula, 1940. 135 pp. Motivos musicales, colofón e ilustraciones en color, fuera de texto.

Impreso con ese buen gusto de que Miguel N. Lira, poeta y editor de bien ganado prestigio, hace gala en todos sus libros, como primer volumen de teatro del autor aparece esta obra dramática, que hace un par de años estrenaron en México, en el teatro Arheu, los actores españoles Josefina Díaz y Manuel Collado, a quienes la obra está afectuosamente dedicada.

Al estrenarse *Vuelta a la tierra*, quien esto escribe decía:

No con el fin de hacer teatro costumbrista, sino con el deseo de iniciar un teatro poético, ha emprendido Lira este regreso a su tierra que es Tlaxcala, antigua república aliada de los conquistadores, en la que —fuerza es recordarlo— se hicieron las primeras representaciones de teatro de masas, con las que América se adelantó a Europa en cuatro siglos.

A Miguel N. Lira corresponde ahora mostrar al público, en una escenificación atinada, algunas costumbres tlaxcaltecas apenas conocidas.

Vuelta a la tierra se basa en una de esas costumbres: la que asegura mediante el juramento y la mezcla de dos sangres —en una ceremonia que combina elementos cristianos y paganos—, la fidelidad recíproca de los novios hasta que la boda se realice. Si el novio falta a ella, será

emasculado; si la novia es infiel, morirá lapidada como las adúlteras del libro de libros hebreo.

Para intensificar lo dramático del asunto que le proporcionó esa práctica primitiva, y crear un conflicto —más interno que objetivo— que animara las escenas del “suceso”, bastó a Lira imaginar que la infiel está enamorada del propio hermano de su prometido y que éste, como un hechizado, no puede sustraerse al maleficio.

Con plausible tacto, se apartó de otro conflicto latente que habría podido enfrentar a los hermanos rivales, en lucha por la misma hembra. Le bastó emplear, para ello, el recurso de ahuyentar al prometido que, antes de casarse, quiere conocer la ciudad que siempre le han pintado con negras tintas en las que no cree. La ausencia del hermano, que en el ánimo de la madre justifica la recíproca atracción de los culpables, no impedirá que el padre, fuertemente ligado a la tradición, los delate a la bárbara justicia.

En el primero y el último cuadros de *Vuelta a la tierra*, Lira vertió el contenido folklórico, bien dosificado con toques poéticos. Intencionalmente elevó el lenguaje, al ennoblecerlo en la estilización dramática. Supo moverse con libertad en esa zona poética —aire sutilmente enrarecido— que le permite esquivar la expresión realista, el tono de charla cotidiana y los falsos giros regionales de que tanto se ha usado, y abusado, en los libretos de zarzuela.

En los cuadros restantes —segundo, tercero y cuarto—, Lira afirma, una vez más, su devoción por García Lorca. Los tres monteros de *Vuelta a la tierra* son hermanos de los tres leñadores de *Bodas de sangre*; como ellos, dicen pareados con sabor de aleluyas, en los que se habla de la luna y de los bosques. Andrés e Isabel, que forman la pareja de traidores, describen su amor sensualmente, como la traidora pareja de la tragedia lorquiana; y el varón emplea, en un pasaje, el verso monorrímo, grato al poeta sacrificado en la guerra civil española. La influencia de García Lorca que, por lo demás, comparte Lira con la mitad —por lo menos— de los líricos actuales de España e Hispanoamérica, no necesita subrayarse, porque cualquiera la percibe. Es un dominio fácilmente explicable en un teatro naciente y un autor novel, a la vez que indicio de buen gusto, por la elección del modelo a quien sigue a distancia. Esperemos que, en obras futuras, Miguel N. Lira sea cada vez más dueño de sí mismo.

El artista que proyectó el decorado de la obra, Julio Prieto, ornamentó el libro, con dibujos que preparan el ánimo del lector —pues van impresos al frente de cada acto—, como las decoraciones sugerían el ambiente en que *Vuelta a la tierra* se desarrolla.

FRANCISCO MONTERDE,
Universidad N. de México.